

Diablo» y «Hotel Chile», de Carlos Barella; «Entre Gallos y Media Noche», de Cariola; «Su Lado Flaco», de Hurtado Borne; «Más allá del Honor», de Víctor Domingo Silva.

Nuestro teatro hasta aquí, ha sido honesto, Salvo las rachas de la revista, no se ha comercializado. Cada autor ha hecho su ideal, ha escrito por amor, o bien por el honor. Influenciado antes del año diez por el teatro español, cambió de rumbos y bebió en las fuentes del teatro francés, sobre todo en lo que se refiere a obras de ambiente de salón, y aun las mismas de género popular participan de esa ligereza y soltura de técnica que tiene el teatro galo.

Todavía no tenemos carácter definido. No nos inquietemos por eso. El teatro de un país no puede reproducir su ambiente, sus problemas, su raza, en una palabra, mientras no cuente con años de suficiente desarrollo para que en ellos se forme una escuela de teatro, con autores que, antes que nada conozcan bien su oficio; su técnica, que sin esto, nada, absolutamente nada, puede emprenderse con apreciable éxito. Sin formar al profesional, nada puede exigirse, menos aun carácter a las obras, y, por ende, a la producción total del país, en que esas obras se producen.

Por ahora, estamos dedicados a aprender el oficio, y fácilmente se nos influencia, lo cual tampoco entraña gravedad alguna, ya que al decir de Jean Giraudoux, las escuelas literarias, son plagios relativos unas de otras.—N. Y Á Ñ E Z S I L V A.

## EL CONFLICTO RELIGIOSO EN LA VIDA Y EN LA POESIA DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA (1).

**M**ANUEL Gutiérrez Nájera es uno de los poetas que más honda resonancia han tenido en el alma y en la poesía hispanoamericanas. Poeta esencialmente elegíaco y romántico, no cayó, sin embargo, en las exageraciones de mal gusto en que generalmente han dado los rapsodas de esta índole en lengua castellana. Ni aun cuando el autor llora desdichas amorosas—y de este género hay muchos versos en su cosecha—desciende

(1) Esta monografía fué leída en inglés por el autor en la reunión anual de la «Philological Association of the Pacific Coast» el 28 de Noviembre de 1931, y no tuvo otra intención ni aspiraba a más que a divulgar entre el profesorado yanqui un valor esencial de nuestras letras, poco menos que desconocido allí. (N. del A.).

Nájera a lamentaciones chirles. Toda su poesía se caracteriza por una honda intimidad, por un refinamiento inusitado, lo mismo en los conceptos que en la forma, así como por la musicalidad del verso y la aristocrática elegancia del léxico. Espíritu profundamente religioso, Nájera sintió la angustia del hombre de fe que asiste al desmoronamiento de sus creencias y no logra, sin embargo, resignarse con la explicación que del mundo y de la vida nos dan los hombres de ciencia. A estudiar tal conflicto están destinadas estas páginas.

Nació el poeta en la capital de México en 1859 y murió en la misma ciudad en 1895. Su vida es relativamente poco conocida debido a que casi todos los que de él se han ocupado han estudiado con preferencia al poeta y al escritor y casi nada nos han dicho del hombre y de su vida (2). Lo que de él sabemos, sin embargo, nos indica que fué la suya una vida vulgar, sin que nada en ella lo destacara del común de las otras gentes de la clase media. Por consiguiente, Gutiérrez Nájera carece de lo que podríamos llamar *biografía externa* o visible. Todo en él se resolvía en meditación y análisis. En la capital azteca luchó, sufrió y se extinguió esta noble existencia, sin que nada en su actividad externa lo diferenciara gran cosa del común de sus pares coetáneos. Si se exceptúa el innato refinamiento y buen gusto con que el poeta supo prestigiar siempre su trabajada vida, ningún hecho encontramos en ella digno de particular mención. Como su compatriota y crítico, Amado Nervo, pudo también decir Nájera: «nunca me ha sucedido nada».

La «biografía interna», no obstante, es de una intensidad y riqueza poco comunes. Hombre de sensibilidad hiperestesiada, profundamente emotivo y a la vez dotado de una gran capacidad de introspección y sufrimiento, su vida toda fué un drama íntimo, de acción interna por así decir, del cual no quedaron otras huellas visibles más que los versos adoloridos y sangrantes en que plasmó sus inquietudes filosóficas, sus éxtasis místicos de la juventud, sus dudas torturantes más tarde y, por último, su angustiada ansiedad religiosa cuando el escepticismo coetáneo desplazó definitivamente la fe de sus años adolescentes. Como dice Justo Sierra, «su vida es un idilio trágico, del que sólo conocemos la música: los versos del poeta» (3).

Surge Gutiérrez Nájera a la vida literaria de su país en un

---

(2) La más completa biografía que de él tenemos hoy es la tesis de la señorita Neli Walker, «The Life and Works of Manuel Gutiérrez Nájera», 83 páginas, *The University of Missouri Studies*, vol. II, Abril de 1927.

(3) Justo Sierra en la introducción a la primera edición—*Poesía*—de los poemas de M. G. N., México, 1896.

momento de transición ideológica y de inestabilidad en todos los órdenes. En el terreno puramente literario, aparece cuando el romanticismo agonizaba sin esplendor y sin gloria, tras un ocaso excesivamente prolongado. En lo religioso, soplaban ya vientos de escepticismo que conmovían los cimientos de aquella sociedad católica y fanatizada por un doble y secular despotismo: el religioso y el político. En el orden filosófico, las teorías positivistas y evolucionistas de Augusto Comte, de Hipólito Taine y de Herbert Spencer, irrumpían arrolladoras, despertando inquietudes y sacudiendo la modorra quietista y mística que había caracterizado la atonía de la vida intelectual de México durante los primeros cincuenta años de su vida independiente. En lo político... todos los instantes han sido de inestabilidad y transición para México desde su independencia.

Gutiérrez Nájera pertenecía a una familia de la clase media. Hijo de padres muy religiosos, de ellos heredó sus arraigadas creencias y cierta propensión mística que en él se observa desde muy temprano. Parece un hecho cierto que su madre lo destinaba a la vida sacerdotal por la cual parecía sentir inclinación el fervoroso adolescente. Su misticismo exaltado y lo que por un instante se creyó incipiente vocación religiosa, se sumaron al talento poético para hacer concebir grandes esperanzas a los católicos de México que, como dice Justo Sierra (4), en él creyeron ver al paladín del catolicismo.

De la primera etapa de su evolución poética recogió el mencionado Sierra en la edición referida algunos poemas que nos revelan, no sólo el fervor religioso del joven bardo, sino la exaltación mística, de genuina ascendencia castellana, que los inspiraba (5). Pocas son las composiciones místicas que nos quedan del período juvenil, pero son más que suficientes para evidenciar su religiosidad. Por lo demás, el propio Sierra sospecha que debió escribir otras muchas que nunca llegaron a publicarse. Algunos de estos poemas—*La Cruz, María, Dios*—(6) pa-

(4) Apenas si se puede hablar de M. G. N. sin referirse al medular ensayo precitado de Justo Sierra. Crítico sapiente y fino poeta él mismo, Sierra ahondó más que nadie en el alma y en los versos de su infortunado amigo. A esta transida exégesis habremos de referirnos aún en estas notas.

(5) Sabemos que las lecturas iniciales de G. N. fueron los místicos del período clásico: ambos Luises, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, etc., que dejaron honda huella en su espíritu.

(6) Nájera no coleccionó sus poesías; fué su gran amigo Justo Sierra el que las dió a luz reunidas en volumen por primera vez en 1896. Para este trabajo nos hemos servido de esta primera edición por la cual sentimos particular predilección. Los tres poemas mencionados aparecen en las páginas 16, 35 y 44 respectivamente.

recen haber sido escritos a los diez y ocho años, pues, llevan fecha de 1877 y revela una fe intacta, no contaminada aún por las corrientes de escepticismo en boga. Estos poemas y otros muchos que seguramente escribió el poeta, parecen un eco prolongado del materno fervor religioso. El mérito artístico de estas composiciones—casi huelga decirlo—es escaso. Predominan en ellas todos los vicios románticos, agravados por la juventud e inexperiencia del poeta. Desde el punto de vista biográfico, sin embargo, son de un valor inapreciable para fijar la trayectoria religiosa que recorrió su alma. Lo que más resalta en estas férvidas estrofas es el candor infantil de sus creencias, más propio de la serenidad de los tiempos clásicos que de la edad controvertida y pesimista en que le tocó vivir.

Pero la vida transcurre indiferente y ciega. El poeta empieza a familiarizarse con las modalidades del pensamiento europeo en boga. Por otra parte, el dolor que tan pródigo fué siempre con nuestro infortunado autor, le ofrece un nuevo e insospechado aspecto de la vida. Es este un corto período de prueba en que aun triunfa el sentimiento religioso; aun su fe le ofrece lenitivo en sus momentos de hondo pesar. Vienen entonces poemas de muy superior valía estética, pero en los cuales ya no encontramos aquella no turbada y robusta fe de antaño. En estas composiciones de ahora, aunque de genuina estirpe, religiosa todavía, han desaparecido aquella ingenuidad y tranquila fuerza de que estaban saturado los cantos precitados. Entre otros sobresalen *La fe de la infancia*, *Fiat Voluntas*, etc., (7) La primera fué escrita en 1878, es decir, a los diez y nueve años, y acusa ya una sutil evolución en sus creencias. Como el título bien claro lo indica, todo el poema constituye una tierna añoranza. El poeta siente ahora la nostalgia de la feliz inocencia perdida y entona un himno en loor de la «sencilla religión» que endulzara su precoz adolescencia. *Fiat Voluntas*, por el contrario, es ya un poema de franca transición, de duda incipiente. No obstante, en él predomina todavía la piedad religiosa. Aun la fe puede ser una fuente de consuelo para el poeta.

---

Para una total comprensión de este particular aspecto de Gutiérrez Nájera, precisa hacer aquí un pequeño paréntesis biográfico. Era *El Duque Job* (8) un autodidacta y fué siempre un lector empedernido. Sin haber cursado estudios superiores

(7) Páginas 53 y 181, respectivamente. Ed. cit.

(8) *El Duque Job*, el más popular de los varios seudónimos que usó G. N.

en ninguna facultad, Nájera alcanzó una gran cultura literaria. Su dominio del latín y especialmente del francés, le permitieron conocer a los clásicos antiguos y familiarizarse con las literaturas contemporáneas de Europa. Por el idioma galo sentía especial admiración y, según nos dice uno de sus mejores críticos (9), llegó a conocerlo casi tan bien como el español.

A través del francés *El Duque Job* acreció sus conocimientos literarios y filosóficos y estaba al tanto de la evolución intelectual de Europa. Fué hombre de su época en el más amplio sentido de la expresión y se encontraba sincronizado con las corrientes del pensamiento filosófico, así como con las modas literarias de su momento. Filósofos como Schopenhauer, Nietzsche y Gobineau; dramaturgos y novelistas como Ibsen, Suderman, Dostoiewski, Tolstoi y Zola; poetas como Poe, Baudelaire, Verlaine, Leopardi y tantos otros cantores de la tristeza, del dolor y de la muerte a quienes el poeta mexicano leía apasionadamente, fueron poco a poco infiltrando en su espíritu el virus de la tristeza y del escepticismo. De esta época melancólica y pesimista que tan gran influjo tuvo en el pensamiento de nuestro escritor, dijo un agudo observador que la conoció y auscultó certeramente: «Pienso que la risa se acabó porque la humanidad se entristeció. Y entristeciése por causa de su inmensa civilización» (10). Y otro historiador de los caracteres de la literatura de aquel momento ha dicho en un libro fundamental: «La idea de cuanto nos rodea es efímero y perecedero; el saber que cuanto anhelamos—dicha, amor, fortuna, gloria, juventud, la propia vida—, es fenómeno fugaz en el cosmos, y destinado a desaparecer sin dejar huella; el convencimiento de que somos simples comparsas, que hacen un momento su aparición en la gran comedia universal; la conciencia de que cuanto existe se trueca, se marchita y muere, deshaciéndose en la nada, es obsesión enervadora de nuestra edad sombría» (11).

Contra este deprimente influjo encontró el bardo mexicano un eficaz antídoto en el dogma católico durante su adolescencia; pero a medida que su cultura se expandía y su triste vida se fué haciendo más amargada y dura, este reducto espiritual fué cediendo lentamente a los embates del raciocinio y la experiencia hasta culminar en una total derrota de los principios

(9) LUIS G. URBINA: *La Vida Literaria en México*, Barcelona, 1917.

(10) EÇA DE QUEIROZ: *La decadencia de la risa*, traducción de A. González-Blanco). Madrid, 1918.

(11) JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA: *El Sentimiento de Tristeza en la Literatura Contemporánea*, Barcelona, 1922.

religiosos que, al morir, dejaron un vacío profundo en el alma del poeta que ya nada pudo llenar.

A las sencillas creencias de antaño ha seguido ahora un angustioso interrogar, ya escéptico, ya esperanzado, mas siempre añorante y anheloso de recuperar la dulce fe perdida. De aquí el dramático conflicto religioso en que se resolvieron los últimos años de su vida, durante los cuales le veremos invocar con gritos de dolor las sencillas creencias que adormecieron su infancia, pero que ya no acuden a su transida evocación. Al perder la fe en el dogma católico que durante su precoz adolescencia le había ofrecido seguro refugio, no perdió Nájera su sentido profundamente místico de la vida, ni su pensamiento dejó por ello de ver e interpretar el mundo a través de un prisma que, en lo fundamental, es de pura esencia religiosa. El poeta se debate ahora entre el ansia torturadora de creer y la duda angustiosa que le muestra los altares vacíos y muerta su antigua fe.

Fué éste un largo y doloroso proceso que se inicia ya con las primicias poéticas que de él conservamos. Durante estos años gestadores en que se formó la personalidad literaria del autor, observamos en él alternativas contradictorias de escepticismo y de fervor religioso. Al principio, es decir, desde los diez y siete hasta los veinticuatro años, predomina una franca ortodoxia, no obstante sentirse a ratos combatida y amenazada por la duda creciente. Se nota en este período cómo el poeta se esfuerza por conservar y defender sus creencias; pero a partir de ahora se acentúa rápidamente su escepticismo. Así vemos que entre sus composiciones más tempranas hay una titulada *Luz y Sombra* (12) escrita a los 17 años en la cual se plasma ya uno de estos instantes fugaces de escéptico pesimismo. En un estilo infantilmente romántico en que se acusan las influencias de Núñez de Arce y de Espronceda, nos dirá el incipiente bardo:

.....  
La luz que iluminaba mi lóbrego camino  
y que tranquilos goces en la niñez me dió,  
dejándome entre sombras, cual raudo torbellino,  
ante mi vista atónita por el espacio huyó.

---

Tan triste es lo que siento, tan negro lo que veo,  
que sólo me consuelan mi llanto y mi gemir;  
ya no en la dulce dicha, ni en la ventura creo,  
ya sólo me presenta la muerte el porvenir.

---

(12) Pág. 4, Ed. cit.

La duda con sus garras, destroza mi creencia,  
 marchita con su aliento las flores de mi amor;  
 hay sombras en mi alma, hay luto en mi conciencia,  
 mi vida es una estrofa del himno del dolor!

.....  
 No sabes cual se llora al contemplar perdida  
 aquella fe sublime que guió nuestra niñez;  
 no sabes cómo amarga las horas de la vida  
 la duda que nos cerca de eterna lobreguez.  
 .....

Vienen después poemas como el titulado *La Duda*—1877—(13) de escaso mérito literario también, cuyo sentido es ambiguo y se presta a una doble interpretación. En él parecen mezclarse el sentimiento religioso con el amoroso, cosa bastante frecuente en algunas poesías de esta primera etapa.

*Para qué* —1880—(14) es un hermoso poema simbólico de carácter nihilista. Hay en estas estrofas un fuerte dejo pesimista que preludia ya el franco escepticismo en que ha de culminar la vida del poeta. Aquí ya la muerte no representa un tránsito feliz ni el inicio de una vida mejor: la muerte ahora es la nada, el término inexorable de la humana vanidad.

A este mismo año de 1880 pertenecen también los veintinueve cuartetos titulados *Hamlet a Ofelia* (15) igualmente amargados y pesimistas. Al mismo género corresponde *Madre Naturaleza* (16) y otros de esta época. Mas el punto culminante de esta particular modalidad lo marca la composición titulada *To be* (17) que lleva fecha de 1886. Es un poema lúgubre, sombrío, en el que la desesperación pesimista parece revestir caracteres morbosos. El poeta pide a los tétricos filósofos germanos, Schopenhauer y Hartmann, sus teorías y aún su léxico para pintarnos su total nihilismo. Es éste un poema en que la desesperación del poeta adquiere un tono acre y sarcástico sin paralelo en toda su obra, por fortuna, y cuya lectura pone frío en nuestras almas.

A partir de este instante se inicia en él una transición más filosófica y humana, que lo conducirá paulatinamente a un espiritualismo desencantado, pero comprensivo y generoso. El poeta ha buscado en todas las teogonías, religiones y sistemas filosóficos una respuesta satisfactoria al enigma de la vida, pero ninguna logró convencerle. Y ya de retorno de esta pesquisa

---

(13) Pág. 20, ecitd.

(14) Pág. 105, ed. cit.

(15) Pág. 109, ed. cit.

(16) Pág. 195, ed. cit.

(17) Pág. 231, ed. cit.

ideal, vuelve, desencantado y triste, a la dulce tradición cristiana y en su cándida sencillez procura encontrar lenitivo a su inquietud. Tal se nos aparece, incrédulo, más poéticamente enamorado de la hermosa leyenda de Belén, en *La Cena de Noche Buena* (18) que lleva fecha de 1886.

La misma o similar desolada angustia reflejan otros varios poemas de esta época. Tales los cuarenta y cinco tercetos y un cuarteto que intituló *A Justo Sierra* escritos en 1888 (19) y, especialmente, *Después...*—1889—(20) de un simbolismo inquietante y todavía desesperado. Veamos una estrofa:

.....  
El templo colosal, de nave inmensa,  
    está mudo y sombrío;  
sin flores el altar, negro, muy negro;  
    ¡Apagados los cirios!  
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!....  
    ¿En dónde estás, oh Cristo?  
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,  
como llama a su padre el pobre niño!....  
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!  
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!  
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea  
en el desnudo altar arder los cirios!....  
¡Ya me ahogo en la sombra... ya me ahogo!  
    ¡Resucita, Dios mío!  
.....

Esta será su última imploración al dios de su infancia para que le ilumine y acorra. A partir de ahora vendrán poemas melancólicos y tristemente resignados, como *Castigadas*—1889—(21) *Las Almas Huérfanas*—1890—(22) *Mis Enlutadas*—1890—(23) etc.

Mas el poema en que a nuestro parecer culmina esta última y definitiva actitud del poeta es el titulado *Pax Animae*—1890—(24). En él se resumen de manera admirable el desencanto, el amable pesimismo y la triste resignación que caracterizaron los últimos años de su vida. El poeta ahora se encuentra más allá de la duda y del dolor. De ambos ha sabido triunfar y su alma aparece tonificada por una especie de resignado estoicismo que le permite enfrentarse generoso y sereno con las mise-

- (18) Pág. 250, ed. cit.
- (19) Pág. 286, ed. cit.
- (20) Pág. 299, ed. cit.
- (21) Pág. 302, ed. cit.
- (22) Pág. 312, ed. cit.
- (23) Pág. 319, ed. cit.
- (24) Pág. 309, ed. cit.



rias de nuestra vida. Escéptico, sí, pero no desesperado. Su espíritu ha pasado ya por el crisol del dolor que purifica y ennoblece y ha resistido victoriosamente la prueba. Ahora sabe que nada podrá alterar el lago tranquilo de su alma reposada y mística. Si la muerte de sus creencias dejó un gran vacío en su espíritu y un sedimento de honda tristeza en su vida, supo, no obstante, rescatarse a sí mismo y elevarse a una filosófica serenidad desde la cual pueden contemplarse piadosamente todas las tempestades de la vida. Veamos, para concluir, algunos cuartetos de los veinticuatro que integran este hermoso canto:

.....  
 Recordar... Perdonar... Haber amado...  
 Ser dichoso un instante, haber creído...  
 Y luego... reclinarse fatigado  
 en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura  
 que en nuestros pechos jóvenes palpita,  
 y recibir, si llega, la ventura,  
 como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos;  
 ¡siempre en los labios el perdón risueño;  
 basta que al fin, ¡oh tierra! a tí vayamos  
 con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa  
 en lo fugaz de todo lo que mira,  
 y se detiene, sabio, ante la inmensa  
 extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

.....  
 Cuando el dolor mi espíritu sombrea  
 busco en las cimas claridad y calma,  
 ¡y una infinita compasión alba  
 en las heladas cumbres de mi alma!

M A N U E L P E D R O G O N Z Á L E Z.

University of California at Los Angeles.

## ELOGIO DEL TRABALENGUA

**E**N una escena de «Santa Juana» hace Bernard Shaw entrar un soldado, intempestivamente lleno de rudeza, que desde antes de llegar, entre bastidores, viene acompañándose la marcha con este compás, ligeramente musicalizado: